

LA SOCIABILIDAD POPULAR EN LA ANDALUCIA DEL SIGLO XIX: ELEMENTOS DE PERMANENCIA Y DE TRADICION

MANUEL MORALES MUÑOZ

RESUMEN

Como observó Maurice Agulhon en sus estudios sobre la Francia meridional, la ciudad del XIX ofrece a sus habitantes múltiples ocasiones, espacios y formas de sociabilidad. El análisis de algunos de estos elementos, en particular la calle, el café, la taberna y el taller, es lo que aborda el presente trabajo, al objeto de determinar si el modelo teórico, conceptual y metodológico propuesto para Francia resulta válido para una sociedad como la andaluza, caracterizada frecuentemente como una sociedad poco estructurada y con débiles sistemas de relaciones.

ABSTRACT

As Maurice Agulhon observed in his studies on Southern France, the 19th century city offers its inhabitants many opportunities, environments and forms of sociability. The analysis of some of the elements, in particular, the streets, the café, the inn and the workshop, is provided in this study, with a view to determining whether the theoretical, conceptual and methodological model proposed for France could also be valid for a society such as Andalusia's which has often been characterised as a poorly structured society with weak relational systems.

Aun cuando la noción de sociabilidad constituye hoy en día uno de los grandes temas de estudio entre los investigadores sociales europeos, en particular los franceses y los italianos(1), el concepto resulta aun poco familiar a la historiografía española, más preocupada por criticar lo que considera una «moda» en la que el análisis de los factores económicos ya no sería suficiente para explicar el proceso histórico, que por valorar

(1) Abierta esta línea de trabajo hace una quincena de años por Maurice Agulhon para la Francia meridional, el concepto fue retomado en 1985 por el Equipo de Investigaciones sobre las Culturas en la España Contemporánea (E.R.E.C.E.C.) adscrito a la Universidad de París VIII, y de cuyas aportaciones, seminarios y debates se nutre el presente trabajo. Un reciente y acertado estado de la cuestión es el de Jordi Canal i Morell, «La sociabilidad en los estudios sobre la España Contemporánea», en *Historia Contemporánea*, Universidad del País Vasco, núm. 7, 1992, pp. 183-205, al que remitimos a los interesados en el tema.

adecuadamente la renovación conceptual y metodológica que la noción de sociabilidad encierra. Estas reservas, de un lado, y mi condición de coordinador de un proyecto de trabajo sobre la «sociabilidad meridional»(3), del otro, me han hecho ver la conveniencia de publicar el presente artículo a pesar de que algunos de los epígrafes aquí expuestos ya han sido objeto de tratamiento en distintos encuentros y publicaciones(4).

Definida genéricamente como la aptitud de los hombres para vivir en grupo, la sociabilidad, en tanto que categoría histórica, remite a un nivel de análisis determinado, cual es el referido a la vida de aquellos grupos intermedios -más o menos naturales, más o menos estables, más o menos numerosos- que estructuran la práctica social entre el núcleo familiar, y el Estado y las instituciones. Una noción, ciertamente amplia, que nos sugiere una infinidad de lugares, espacios, formas y procesos de socialización, a algunos de los cuales me voy a referir en este trabajo, en particular a aquellos que Maurice Agulhon ha calificado como «elementos de permanencia y tradición»(5): la calle, el lugar de trabajo, el café, la taberna

LA CALLE

Que duda cabe que un lugar privilegiado en la sociabilidad andaluza es la calle, espacio abierto que ofrece múltiples posibilidades. Aunque con distinto ritmo, a lo largo del siglo XIX el aspecto y la estructura misma de las ciudades andaluzas va cambiando, diseñándose el espacio urbano en función de aspectos como la presión demográfica, las mutaciones sociales y económicas o los planteamientos políticos e ideológicos(6). Ejemplos reveladores de este proceso son la construcción de paseos y alamedas, a cuyos flancos se abren casinos, círculos de recreo, cafés...; la construcción de edificios públicos: bancos y cajas de

(3) Se trata del proyecto titulado «La sociabilidad meridional. Prácticas culturales y formas asociativas (1840-1917)», que se lleva a cabo en el seno del Grupo de Investigaciones Históricas sobre la Sociabilidad Contemporánea (G.R.I.S.A.C.). Grupo consolidado por el Plan Andaluz de Investigación y que está compuesto por Manuel Gago Sánchez, Francisco J. Gallardo Mérida, Ernesto García Cañas, Francisco J. García Paine, María del Carmen Gontán Morales, Manuel Morales Muñoz, Pedro Rodríguez Palomo, Antonio Tellado Solís y José Velasco Gómez.

(4) Manuel Morales Muñoz, «La sociabilidad popular en Málaga, 1840-1874: de la tutela burguesa a la afirmación de una identidad diferenciada», en *La sociabilidad en la España contemporánea*, estudio colectivo del E.R.E.C.E.C. publicado en *Estudios de Historia Social*, Madrid, núms. 50-51, pp. 243-271, «Espacios y lugares abiertos en la sociabilidad andaluza del siglo XIX», en **II Congreso de Historia de Andalucía**. Granada-Córdoba-Sevilla, abril 1991 y «La sociabilidad obrera en la España del siglo XIX», en **Los Movimientos Sociales en Andalucía**, Congreso conmemorativo del asalto campesino a Jerez (1892-1992), Jerez, noviembre 1992

(5) Maurice Agulhon, *Les associations au village*. Le Paradou, Actes Sud, 1981, p. 15-19

(6) Como estudio de conjunto sólo contamos con el de Carlos Álvarez Santaló y Antonio García-Baquero, «Evolución social y transformación urbana», *Historia de Andalucía VII. La Andalucía liberal (1778-1868)*, Barcelona, Cupsa Editorial&Editorial Planeta, 1981, pp. 301-311.

(7) Edward Baker, «Larra, los jardines públicos y la sociabilidad burguesa», en *Revista de Occidente*, Madrid, núm. 12, 1982, pp. 43-57

ahorro, teatros, plazas de toros ...; las obras de exorno y decoración de calles y plazas, con sus árboles y fuentes; el alumbrado público, las obras de saneamiento y alcantarillado y, en fin, toda otra serie de elementos urbanos que van a privilegiar el ocio y el recreo de la burguesía(7).

Como botón de muestra ahí están las gaditanas Alameda Apodaca y la Plaza de Mina, adornadas con elegantes asientos de piedra y espaldares de hierro(8); la Alameda Principal o «Salón de Bilbao», con su paseo central, sus estatuas, fuentes y estanques dando dignidad y ornato a las casas de la «aristocracia comerciante» malagueña(9); ahí están los grandes paseos extramuros de Almería: el de la Feria o Alameda, la Rambla ...; la sevillana Alameda de Hércules, etc(10).; y es que, como atentamente observara Blanco White (y después de él toda la literatura costumbrista), el paseo -espacio urbano- ocupa un lugar esencial en la vida de sus contemporáneos: allí la gente se sienta a descansar, entabla una larga conversación en animada tertulia o se deleita escuchando a la banda de música municipal:

« Casi todas las ciudades importantes de España tienen un paseo público donde se reúnen por la tarde las personas de las clases acomodadas. Estos lugares se llaman alamedas (nombre que designa los árboles que dan sombra al paseo). A todo lo largo de él hay grandes bancos de piedra, donde la gente se sienta a descansar o con el fin de entablar una larga conversación a media voz con la dama de al lado, entretenimiento que el idioma del país expresa con la extraña frase de *pelar la pava*. En la Alameda de Sevilla hay además varias fuentes de agua deliciosas(11).

Sin que podamos excluir manifestaciones comunes a unos y otros grupos sociales, la calle es también escenario de una sociabilidad estrictamente popular. En los barrios, las

(8) *Guía de Cádiz y su Departamento para el año de 1854*. Cádiz, Imprenta de D. Filomeno F. de Arjona, 1853, pp. 19-20
 (9) Vasili Botkine, *Lettres sur l'Espagne.*, 1845, ed. de A. Zvignilsky. París, Centre de Recherches Hispaniques, 1960, pp. 205-232

(10) R. Semple, *A Second Journey in Spain, in the spring of 1809; from Lisbon through the western skirts of the Sierra Morena, to Sevilla, Córdoba, Granada, Málaga, and Gibraltar; and thence to Tetuan and Tangiers*. Londres, C. y R. Baldwin, 1809, pp.81-85 (cit. por Blanca Krauel, *Viajeros británicos en Andalucía. De Christopher Hervey a Richard Ford (1760-1845)*, Málaga, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 1986)

(11) J.M. Blanco White *Cartas de España*, Carta Segunda. Sevilla, 1798. Citamos por la ed. de 1972, Madrid, Alianza, pp.71-72)

calles, de menores dimensiones, frecuentemente sin empedrar y en penumbras(12), significativamente carecen de esos apelativos tan «proprios» a las habitadas por la burguesía: Paseo de ..., Alameda de ..., Salón de ... Huyendo del calor interior, al anochecer durante el verano y los domingos en invierno, las veladas nocturnas en las puertas de las casas y en los patios interiores se hacen interminables. Es este el caso de la Córdoba que nos describe Montis Romero(13), como es el de la perchelera calle de Miraflores, convertida en «amplísimo dormitorio» durante la estación estival(14); el de la cuesta de la Alhambra, popularmente conocida como «Alameda de los pobres»(15); o el de la gaditana Plaza de San Antonio, «repleta de gentío en verano hasta bien pasada la medianoche»(16).

En la calle, espacio abierto, las clases populares viven sus acontecimientos personales: bautizos, bodas, entierros(17); y las manifestaciones públicas de carácter profano y religioso(18): el carnaval, fiesta por excelencia de máscaras, parodias y sátiras; la Cruz de Mayo; el Corpus, día en el que hombres y mujeres lucen sus mejores galas, «sus trapitos de cristianar»(19); las fiestas mayores o reales de cada ciudad; las innumerables romerías en honor de San Miguel, San Antón ... o las Verbenas de San Juan, mitificadas por el encantamiento de los fuegos artificiales, los acordes musicales y la ancestral creencia en la recuperación de la juventud al contacto con el agua cuando comienza el nuevo día:

«En la **Fuente de la Bomba** (el día de San Juan) se forman los corros al sonido de las guitarras y los cantos populares. Pero el cuadro más saliente lo forman viejas y muchachas,

(12) Buena muestra de las precarias condiciones higiénico-sanitarias de los barrios populares puede hallarse en González, Descripción topográfica de Cádiz, 1808; C. Pérez, Topografía médica de Jaén, Jaén, 1839; Vicente Martínez Montes, Topografía médica de la ciudad de Málaga. Málaga, Imp. de don Ramón Franquelo, 1852; L.M. Ramírez de las Casas Deza, Indicador Cordobés, o sea, manual histórico-topográfico de la ciudad de Córdoba. Córdoba, 1867; N. Muñoz Cerisola, Los barrios obreros. Málaga, Tip. de M. Oliver Navarro, 1875; Ph. Hauser, Estudios médicos-topográficos de Sevilla. Sevilla, 1882; R. García Duarte, Topografía médica de Granada. Granada, 1889; N. González Martínez, Memoria acerca de algunas condiciones sanitarias de la ciudad de Córdoba y de las medidas que debe aportar el municipio en caso de epidemia cólica. Córdoba, Tipografía de la Actividad, 1890.

(13) Ricardo de Montis y Romero, *Notas Cordobesas (Recuerdos del pasado)*. Tomo III. Córdoba, Imp. del «Diario de Córdoba», 1922, pp. 239-240

(14) Arturo Reyes, «Del Perchel a la Coracha», en *Doce costumbristas malagueños*, Málaga, Caja de Ah. Provincial de Málaga, 1970

(15) Blanca Krauel, *Viajeros británicos en Andalucía. De Christopher Hervey a Richard Ford (1760-1845)*, Málaga, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 1986, p. 335

(16) A. Capell-Brooke (1831).- *Sketches in Spain and Morocco*. Londres, H. Colburn y R. Bentley, p. 31 (cit. por Blanca Krauel, 1986)

(17) Luís Montoto, «Los Corrales de vecinos», *El Folk-lore Andaluz. Órgano de la Sociedad de este nombre*, 1882 a 1883. Sevilla, Francisco Alvarez y C^a, Editores (Edición conmemorativa del centenario, Madrid, Editorial Tres-Catorce-Dieciséiete, 1981, pp. 396-401 y 448-452).

(18) Salvador Rodríguez Becerra, *Las fiestas de Andalucía. Folclore*. Sevilla, Editoriales Andaluzas Unidas, 1985 y Enrique Aguilar Criado *Cultura popular y folclore en Andalucía. Los orígenes de la antropología*. Sevilla, Publicaciones de la Diputación Provincial, 1990

(19) Ricardo de Montis, *Notas Cordobesas (Recuerdos del pasado)*, Córdoba, 1914. Tomo II, p. 5

cuando, al dar las doce, bajo un terrible clamor y achuchándose en la fuente, meten los brazos y caras.

Una se frota el carrillo,
 otras el cuello se bañan,
 es popular tradición
 que al vulgo nadie le arranca,
 que recobra la hermosura
 quien a las doce se lava.
 Pues al bendito San Juan
 este privilegio ensalza,
 como Santo que el bautismo
 colmó de infinitas gracias»(20)

Espacio también para el intercambio económico, para la venta en los numerosos puestos y mercadillos que ocupan las principales plazas andaluzas; para el ejercicio de toda una serie de pequeños oficios tradicionales: aguadores, mozos de cuerda, traperos, estereros, caldereros ... Pero también lugar propicio para deambular, para mendigar e implorar la caridad pública en años de crisis y paro o para alquilar los brazos inactivos, como recoge Blasco Ibañez en **La Bodega**, para el caso de los jornaleros y obrezos jerezanos:

« En la plaza Nueva pasó entre los grupos que se estacionan allí habitualmente: corredores de vinos y de ganado, vendedores de cereales, obreros de bodega sin colocación, gañanes enjutos y tostados que esperan que alguien alquile sus brazos inactivos cruzados sobre el pecho»(21)

Plataforma y punto de partida para la sociabilidad popular, la calle actúa como escaparate de las inquietudes colectivas, intensificando la cohesión de grupo. Si en 1808 las calles andaluzas son testigos de la ilimitada alegría, de las aclamaciones y el repique de campanas por la derrota del ejército imperial francés(22); entre la nochebuena y la del año viejo de 1868, las calles gaditanas y las malagueñas se cubrirán de barricadas, símbolos de oposición al ejército del general Caballero de Rodas; cuando no verán arder fielatos y casillas de consumo, identificados con las carestias y el hambre(23).

(20) A. J. Afán de Ribera, *Fiestas populares de Granada*. Granada, Imp. de la Lealtad, 1885, pp. 131-133

(21) V. Blasco Ibañez, *La Bodega*, 1905, (ed. de 1979, Madrid, Plaza-Janés, editores, p. 36)

(22) José M^a Blanco White, *Cartas de España*. Carta duodécima. Sevilla, 25 de julio de 1808, ed. 1972, p. 285

(23) C.A.M. Hennessy, *La República Federal en España. Pt y Margall y el movimiento republicano federal, 1868-74*. Madrid, Aguilar, 1966, pp. 57-78; Manuel Morales Muñoz, «La lucha política en Málaga durante el sexenio revolucionario», *Baetica. Estudios de Arte, Geografía e Historia*. Málaga, núm. 6, 1983, pp.341-386 y «Movimiento obrero y conflictos sociales en Málaga (1868-1872)», en *Jábega*, Málaga, núm. 50, 1985, pp. 154-164, y Diego Caro Cancela, *Burguesía y jornaleros. Jerez de la Frontera en el Sexenio Democrático (1868-1874)*. Jerez, Caja de Ahorros de Jerez, 1990, pp. 441-447.

EL LUGAR DE TRABAJO

En consonancia con el predominio del pequeño taller, otros lugares frecuentes en la sociabilidad andaluza son zapaterías, barberías, carpinterías y toda una serie de espacios propios a ocupaciones tradicionales. El contacto directo que se da entre maestro, oficial y aprendiz favorece la cohesión social, la solidaridad profesional. El desigual ritmo de trabajo que conoce el taller, con tiempos muertos entre tarea y tarea, permite hablar de proyectos y planes, discutir la situación política o leer la prensa, como testimonian las ilustraciones de el *Semanario Pintoresco* o las de *El Museo Universal* para los años centrales de la centuria(24).

Gozan los trabajadores artesanales de una posición, de un *status* distinto a la del obrero de fábrica, de unos valores y una cultura propia manifestada en el orgullo del trabajo bien hecho y en la defensa de su libertad. Baste señalar como ejemplo, para uno y otro caso, la jerarquización existente en función de los «conocimientos» o el papel desempeñado por trabajadores artesanales en el desarrollo del mutualismo y del cooperativismo. Sin olvidar su participación en las insurrecciones políticas y en los movimientos reivindicativos de la segunda mitad del siglo.

Son diversos los testimonios que nos remiten a estos medios como «intermediarios» sociales entre la burguesía y las clases más depauperadas. En unos informes elaborados por los gobernadores isabelinos sobre las actividades revolucionarias en la provincia de Málaga(25), se recogen numerosas referencias al respecto, indicándose en ellos los nombres de los implicados, sus profesiones y, en repetidas ocasiones, los lugares de propaganda. Así sabemos como los oficios y talleres más frecuentados eran las talleres y trastiendas de barberos, carpinteros y zapateros; fenómeno estudiado por Eric Hobsbawm(26) para el caso de los zapateros ingleses y constatado por Gérard Brey para Cádiz. Algunos de los espacios que sirven como lugares de conspiración durante las postrimerías del reinado isabelino en la capital gaditana son un taller de carpintería y la tienda de un pequeño comerciante, Julián Díaz, elegido durante el sexenio concejal del Ayuntamiento republicano(27).

(24) Gonzalo Menéndez-Pidal, *La España del siglo XIX vista por sus contemporáneos*, Tomo I, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1988, p. 362

(25) «Lista de los liberales que los moderados tenían en un libro reservado, clasificados por los ex-gobernadores Guerola y Alonso, para perseguirlos», en *Bandos y proclamas revolucionarios de 1868 a 1874*, Archivo Municipal de Málaga

(26) Eric Hobsbawm (en colaboración con Joan W. Scott), «Zapateros políticos», en *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1987, pp. 144-184

(27) R. García Rojas, «Antes de la Gloriosa. Los grupos», en *El Pueblo*, Cádiz, 28.IX.1893 (cit. por Gérard Brey, «Formation idéologique et expériences révolutionnaires d'un bourgeois déclassé», en Gérard Brey et al., *Un anarchiste entre la légende et l'histoire. Fermín Salvochea (1842-1907)*, Saint-Denis, Presses Universitaires de Vicennes, 1987, pp. 35-54)

Otras fuentes que vienen a confirmarnos estas impresiones son la prensa y la literatura de la época. En ella encontramos una minuciosa descripción sobre el contenido «político» de la tertulia formada en uno de estos centros de trabajo: la barbería del federal malagueño Francisco Nillo, muy activo en los levantamientos e insurrecciones del sexenio democrático y en la proclamación del Cantón malagueño en julio de 1873(28). Exentas de este carácter, pero siempre concurridas eran las barberías cordobesas, según narra Ricardo de Montis, que las describe como pequeños portales con sus paredes cubiertas con láminas de los periódicos ilustrados más populares del momento, generalmente *El Cencerro*, *La Lidia* y *El Motín*, y en la que podían leerse, además de estos periódicos, novelas «de las de a cuartillo de real la entrega»(29).

Otros ejemplos de reunión y sociabilidad los encontramos en el sector de la construcción, donde la función complementaria de las tareas realizadas por albañiles, pintores, carpinteros ..., permiten la formación de grupos de trabajo que ocasionalmente ponen en común sus salarios, sus jornadas de trabajo o los gastos de materiales. Una suma de aspectos que pueden dar origen a la creación de sociedades y cooperativas de producción, como *La Reforma Social*, sociedad creada por los obreros malagueños en 1870(30).

Es igualmente perceptible este tipo de sociabilidad entre aquellos medios de la burguesía con mayores inquietudes: abogados, periodistas, profesores, etc. Sabemos de la celebración de animadas tertulias en la *Librería Universal* de Francisco de Moya, impulsor de las más diversas empresas culturales en Málaga: creador de un Gabinete de lectura popular (1868), promotor de la *Asociación Libre para la Enseñanza Popular* (1869-1871), bibliotecario del *Círculo Científico, Literario y Artístico* (1855-1858); de las habidas en la rebotica de la farmacia de don Pablo Prolongo, cofundador de la *Sociedad Malagueña de Ciencias Físicas y Naturales* (1872), y a la que concurrían personajes asiduos en la vida cultural y social de estos años como José Carvajal Hué, abogado, diputado a Cortes en el sexenio democrático y ministro de Hacienda y Estado durante la Primera República; Antonio Luís Carrión, periodista y poeta, director de diversos periódicos literarios y políticos, entre otros *El Papel Verde. Periódico político republicano* (1868-1871) y diputado a Cortes por esta formación en 1872 y 1873(31); así como de las celebradas en el laboratorio

(28) Manuel Martínez Barrionuevo, «Paco Nillo», en *Romance de costumbres malagueñas*, 1884. Sobre el cantón puede verse nuestro trabajo «Reconsideración del Cantón malagueño (1873)», en *Mélanges de la Casa de Velazquez*, XXXIII París, 1992.

(29) Ricardo de Montis Romero, *Notas Cordobesas ...*, 1914, pp. 125-129

(30) Manuel Morales Muñoz, *Clases populares y movimiento obrero en Málaga (1868-1874). Del clamor revolucionario a la Primera Internacional*, Málaga, SPICUM, 1988 (ejemplar microfichado)

(31) Rafael Bejarano, *Las calles de Málaga. De su Historia y Ambiente*, 1941 (cit. por la ed. de 1984, pp. 80-82), y Manuel Morales Muñoz, «La sociabilidad popular en Málaga, 1840-1874: de la tutela burguesa a la afirmación de una identidad diferenciada», en *Estudios de Historia Social*, Madrid, núms. 50-51, 1989, p. 253

fotográfico de los médicos gaditanos Rafael Guillén Martínez y José Bartorelo y Quintana, conocidos por su adscripción al fourierismo(32).

LOS CAFÉS

Pero la ciudad del XIX ofrece igualmente otros marcos propicios para el desarrollo de esta sociabilidad informal o inmediata(33), como son los cafés. Lugar de reunión y de encuentro, de conversación e intercambio social, de comunicación de espacios y de personas, en el café, como ha escrito Bonet Correa(34), igual transcurren lentas las aguas de lo cotidiano que se desbordan las riadas históricas, repercutiendo en su ámbito neutral y público los períodos de calma y de agitación, los sucesos callejeros y las sacudidas sociales. Allí acuden, para hablar de lo divino y lo humano, políticos, funcionarios, escritores, periodistas, toreros Y también allí, leyendo apaciblemente o buscando los «lícitos» juegos con que ocupar el ocio, unos y otros saborearán la infusión del rico fruto americano(35).

Fué precisamente en Cádiz, la ciudad española avanzada de la modernidad, donde tempranamente se multiplicaron estos establecimientos, que, en 1802, ascendían a veintitres(36); extendiéndose prontamente por otras capitales andaluzas, como Málaga, Córdoba y Sevilla, donde la aparición del «Café El Recreo», en 1841, fué saludada con ceremonias oficiales(37). Sustitutos de los viejos aguaduchos y botellerías, decorados con sus mesas de mármol, sus blancos taburetes, sus elegantes espejos y lámparas de gas en algunas ocasiones, o débilmente alumbrados por quinqués de aceite y lámparas de petróleo colgadas del techo y proyectando sombras sobre los veladores de las mesas de pino y las sillas de enea las más, existirá una amplia tipología de cafés en toda la región(38).

(32) Gérard Brey, «Formation idéologique et expériences révolutionnaires d'un bourgeois déclassé», en Gérard Brey et al., *Un anarchiste entre la légende et l'histoire. Fermín Salvochea (1842-1907)*, Saint-Denis, P.U.V., 1987, p. 42

(33) Maurice Agulhon, «Sociabilité populaire et sociabilité bourgeoise au XIXe siècle», *Les Cultures populaires*, Paris-Toulouse, Privat, 1979, p. 9 y Gérard Brey, «La sociabilidad popular en las ciudades gallegas (1833-1914)», en *La sociabilidad popular en España (1833-1914)*. Número extraordinario de *Estudios de Historia Social*. Madrid, núms. 50-51, 1989, pp. 223-242.

(34) Antonio Bonet Correa, *Discursos leídos ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en la recepción pública de el día 13 de Diciembre*. Madrid, 1987, p. 15

(35) La referencia a la licitud de los juegos en Jean Descola, *La vida cotidiana en la España Romántica, 1833-1868*, Madrid, Argos-Vergara, 1984, p. 123. Un estudio del café, en cuanto bebida, en J. Barrau, «Café boisson, café institution», en *Terrain*, núm. 13, octubre 1989, pp. 92-97

(36) Antonio Bonet Correa, 1987, p. 22

(37) Marie Claude Lecuyer, «Algunos aspectos de la sociabilidad en España hacia 1840», en *Estudios de Historia Social*, Madrid, 1989, num. 50-51, pp. 145-159.

(38) Ramón Solís, *El Cádiz de las Cortes. La vida en la ciudad en los años 1810 a 1813*. Madrid, Alianza, 1969; Bonet Correa, 1987; Francisco Bejarano Robles, *Cafés de Málaga (... y otros establecimientos)*. Málaga, Editorial Bobastro, 1989 y José Blas Vega, *Los Cafés cantantes de Sevilla*. Madrid, Editorial Cinterco. s.a.

Concebidos por la burguesía acomodada como un marco adecuado para su gusto por la ostentación y la riqueza, los cafés, cuando son más elegantes y mejor frecuentados, se presentan como espacios tranquilos, ordenados, propiciando una sociabilidad diferente, más pausada, que permite leer los periódicos, escribir una carta o montar una tertulia. Es este el caso del «Suizo Viejo» que nos describe Montis Romero para Córdoba(39); como es el del «Gran Café Suizo» de Sevilla, que abierto hacia 1860, sirvió, en 1896, de sala para la primera proyección de cinematógrafo de la ciudad(40); o el del malagueño «Café del Correo», en cuyos bajos se estableció la Biblioteca Popular **El Fomento**, en la que su nutrida concurrencia podía encontrar, por la módica cantidad de dos reales, una amplia variedad de periódicos y revistas: entre otros, **La Igualdad**, **El Gil Blas**, **El Cascabel**, **La Ilustración Española y Americana** o el semanario local **El Papel Verde**(41).

Pero con el correr del siglo, de igual manera que los Ateneos y Círculos dejaron de ser monopolio de la burguesía, adaptándose a los distintos grupos sociales, entre los cafés existe toda una jerarquía de establecimientos en función de su entorno y clientela. Así, junto con el café elegante, fastuoso y cómodo, abierto al paseo o a la alameda, se encuentran otros más modestos y bulliciosos, como el llamado «de la viuda de Lázaro», en Córdoba; o el «de la Lobilla» y el «de la Maestra», los dos de Málaga, siempre abarrotados de un público popular y variopinto: arrieros, trajinantes, mozos de mulas, pescadores, marengos, cenacheros, armadores de jábegas, etc(42). Cercanos a estos en su decoración, sus espacios interiores, su clientela y su ambiente cálido, se encuentran los llamados cafés cantantes o cafés teatros, tan entrañables para las clases populares y los folkloristas andaluces como denostados por la gente «honesta»; sobresaliendo el malagueño «Café de Chinitas»; el «Café de Silverio», en Sevilla, auténtica «cátedra» del cante, como lo describe Rodríguez Marín; el «Café del Conde», en Jerez de la Frontera, etc.(43).

Centros de reunión y discusión, no serán pocos los cafés que acaben convirtiéndose en tribunas políticas con gran influencia en la opinión pública. Gran parte de las

(39) Ricardo de Montis, *Notas Cordobesas*, t. III, 1922, p.115

(40) Bonet Correa, 1987, p.42

(41) Morales Muñoz, «Enseñanza popular y clase obrera en Málaga», en *L'Enseignement primaire en Espagne et en Amérique Latine du XVIIIe siècle a nos jours. Politiques éducatives et Réalités scolaires*. Tours, Publications de l'Université de Tours, 1986, p.135

(42) Francisco Bejarano Robles, *Cafés de Málaga* ..., 1989, pp. 107-108 y Ricardo de Montis, *Notas Cordobesas* ..., 1922, t. III, p.114

(43) Francisco Rodríguez Marín, *El alma de Andalucía en sus mejores coplas amorosas*. Madrid, Tip. de Archivos, 1929, p. 10; Blas Vega, *Los Cafés cantantes de Sevilla*. Madrid, Editorial Cinterco, s.a.; Serge Salaün, «El cuplé (1900-1936). Ensayo de etno-historia cultural», *Estudios de Historia Social*. Madrid, 1987, núms. 40-41, pp. 291-446; Francisco Bejarano Robles, «Lamento por el Café de Chinitas (A Juan Carrera)», *Cafés de Málaga* ..., 1989, pp. 25-31 y Diego Caro Cancela, *Burguesía y jornaleros. Jerez de la Frontera en el Sexenio Democrático (1868-1874)*, Jerez. 1990, p.64

conspiraciones y de los movimientos sediciosos contra el absolutismo, primero, o contra el moderantismo isabelino más tardíamente, se fraguaron en los cafés, de los que puede servir de ejemplo **La Fontana de Oro**, magistralmente retratado por Pérez Galdós(44); o, para el caso que nos ocupa, el llamado «de Iberia», en Córdoba, en el que «se congregaban los comentaristas de las revueltas políticas» y se formaban corrillos que leían la prensa con gran avidez(45); y los malagueños «Café Suizo» y «Café de la Loba», cuyos salones, convertidos en punto de encuentro y reunión de los republicanos locales, acogerán entusiastamente la «revolución de septiembre» a los acordes del **Himno de Riego** y con la puesta en escena de la loa **La Redención de España**(46).

LA TABERNA

Otro lugar privilegiado en la sociabilidad popular andaluza fué la taberna. De ello puede dar idea el creciente número de establecimientos con que cuenta: en 1826 existían en El Puerto de Santa María 99 tiendas de vino, según datos aportados por Javier Maldonado(47); en Málaga, Martínez Montes censa en 1852 155 tabernas, una por cada 50 habitantes, que son 248 en el año 1871, de acuerdo con las *listas* de contribución territorial por subsidio (48), mientras que por estas mismas fechas Jerez cuenta con 93 tabernas y otros locales similares a los que concurrían diariamente unas 4.500 personas, de una población con 50.000 habitantes(49).

Con un gran auge en la segunda mitad del siglo XIX, las tabernas andaluzas -como las de otras latitudes- presentaban una tipología muy definida. Generalmente se trata de locales no muy amplios, a veces divididos en varios compartimentos, con sus paredes blanqueadas o cubiertas de azulejos y exentas de toda decoración que no sean, cuando las tienen, estampas y cuadros de toreo y con algunos bancos o sillas de enea y un mostrador de madera recubierta en parte de zinc(50).

Espacio para la bebida, el juego y el ocio, la taberna se presenta como teatro habitual de las formas y modos de comportamiento de un mundo social tan complejo como

(44) Benito Pérez Galdós, *La Fontana de Oro*, 1867-1868 (ed. de 1970, Madrid, Alianza, pp. 23-25)

(45) Ricardo de Montis, 1922, p.114

(46) Narciso Díaz de Escovar, *Algunas noticias sobre la revolución de 1868*. Málaga (recortes de prensa, sin paginar y sin año)

(47) Citado por Alberto Ramos Santana, «La sociabilidad y el vino: las tabernas», en Javier Maldonado Rosso y Alberto Ramos Santana (eds.), *Solera. Exposición sobre los vinos de nuestra tierra*, Puerto de Santa María, pp. 30-36 (la cita en n. 21, p. 36)

(48) Vicente Martínez Montes, *Topografía médica de la ciudad de Málaga*. Málaga, Imp. de don Ramón Franquelo, 1852, p. 312; y «Contribución territorial y del subsidio industrial y del comercio», *Boletín Oficial de la Provincia de Málaga*, 28 de agosto de 1871

(49) Diego Caro Cancela, 1990, p. 62

(50) Una descripción de las tabernas andaluzas en Luis Montoto, «Los Corrales de vecinos» V., *El Folk-lore Andaluz*, 1882-1883, p. 302; y Ricardo de Montis, 1926, t. VII, pp. 177-181

el de las clases populares y obreras. Como escribió Luís Montoto, haciéndose eco del dicho popular andaluz, «sin vino no hay fiesta». El vino desempeña un papel fundamental en los acontecimientos personales: bautizos, bodas, días de santos; y en las fiestas civiles y religiosas(51). Además, allí se va para charlar con los amigos y vecinos, para jugar una partida de cartas o a los dados, para descansar de las fatigas del trabajo o para huir de las estrecheces y miseria de la vida familiar(52).

Espacio fronterizo entre lo público y lo privado, entre lo legal y lo clandestino, la taberna permite también la promiscuidad, las disputas por la calidad del vino o por la mirada indiscreta(53); como permite la conspiración, la lectura prohibida, los preparativos para la insurrección política o la huelga, como testimonian los recuerdos del Sr. Fermín, el capataz de los Dupont jerezanos, o los del cronista malagueño Narciso Díaz de Escovar(54). Y es que, en ocasiones, los habituales de un mismo establecimiento, por mínimo que fuera el grupo que lo compone, constituyen un ejemplo clásico de lo que M. Agulhon define como elementos de transición entre una sociabilidad informal y el pequeño núcleo de discusión política(55).

La atmósfera que allí se respira excluye toda especie de ceremonia, toda demostración de «urbanidad» exagerada, sustrayéndose, en consecuencia, al rigor de las normas y los principios jerárquicos(56). De aquí la reputación dudosa, cuando no la franca hostilidad que suscita la taberna entre los más diversos medios sociales: autoridades civiles y religiosas, higienistas, moralistas... que ven en la taberna la ruina de las familias, de la moral, de la economía y el trabajo, e incluso de la estabilidad política, lo que explica la vigilancia y la condena contra los bebedores, contra la borrachera semanal o contra la embriaguez diaria.

Sin extendernos en el discurso burgués sobre el alcoholismo, se pueden evocar las aseveraciones de Madoz, para quien la mayor parte de los procesos criminales abiertos a

(51) Luís Montoto, «Los corrales de vecino», 1882-1883, pp. 300-304

(52) Una somera visión de la taberna, sobre todo para la época moderna, en Pedro Romero de Solís (1989).- «La taberna en Espagne et en Amérique», *Terrain*, núm. 13, octubre 1989, pp. 63-71. Su función como «via de escape» a la tristeza y discordias del hogar familiar en Flora Tristán, *La Unión Obrera*. París, 1844 (ed. de Yolanda Marco, Barcelona, Fontamara, 1977, pp. 118-121

(53) José María Blanco White (1806). z I Carta novena. Sevilla, 1806, ed. 1972, p. 208; y Luís Montoto, 1882-1883, pp. 346-349

(54) Vicente Blasco Ibañez, *La bodega*. ed. de 1979, p. 41; Narciso Díaz de Escovar, *Borracho de profesión* (ed. de 1970, en *Doce costumbristas malagueños*, pp. 103-107); y Ricardo de Montis, 1922, pp. 36-37. Un testimonio sin igual, sobre la función de «La taberna como centro de discusión política», es el de Amaro del Rosal, en Los Cuadernos de Asturias Año III, núm. 14, julio-agosto de 1982, pp. 79-84. Para el caso asturiano puede verse igualmente Jorge Uría, «La taberna en Asturias a principios del siglo XX. Notas para su estudio», en *Historia Contemporánea*, Universidad de País Vasco, núm. 5, 1991, pp. 53-72

(55) Maurice Agulhon, *Les associations au village*, Le Paradou, Actes Sud, 1981, p. 16

(56) Pedro Romero de Solís, «La taberna en Espagne et en Amérique», z I, núm. 13, octubre 1989, p. 64

mediados de siglo en Andalucía tendrían su origen en la embriaguez y el juego(57); o las críticas contenidas en el «Informe» presentado en 1886 por el ingeniero Jefe de las Minas de Linares, Enrique Naranjo de la Garza, a la Comisión de Reformas Sociales, en el que denuncia cómo la taberna, el café cantante y el prostíbulo, al ser los únicos espacios de sociabilidad con que contaban los mineros linarenses, originaban continuas disputas y desavenencias personales y familiares(58); lo que venía a coincidir, en el tiempo y el espacio, con los hábitos de otras ciudades mineras españolas, según se desprende del estudio de Gérard Chastagnaret(59).

Preocupados por los efectos negativos que el alcohol tenía sobre la fuerza de trabajo, para filántropos e higienistas, objetivos y medios están estrechamente unidos. Al cierre de las tabernas contraponen la apertura de talleres, la formación de cajas de ahorros o la predicación de «las creencias religiosas», tal como recomienda Vicente Martínez Montes en su **Topografía médica de la Ciudad de Málaga**(60).

Aunque disintiendo en las causas del alcoholismo, no serán ajenos a estas críticas a la taberna los obreros «conscientes», desde el momento en que la embriaguez sustrae al trabajador de sus deberes familiares y sociales más elementales. A este respecto resultan significativos los «apuntes» de Rafael Pérez del Alamo(61) sobre la persecución y castigo a que eran sometidos los incontinentes en la **Sociedad Carbonaria Garibaldina** (1856), que, como sabemos, se encontraba en la base del levantamiento de Loja de 1861. Como significativas son las invariables fórmulas recogidas en los estatutos de sociedades y cooperativas obreras sobre la «moralidad y buena conducta» que debían observar sus socios; excluyéndose de los socorros mutuos a todos aquellos accidentados en riñas y reyertas provocadas por la embriaguez(62). Y como no recordar en este contexto el ascetismo vital de una figura como Fermín Salvochea, el «apóstol» del anarquismo andaluz, a quien Blasco Ibañez atribuirá, por boca de Salvatierra, las siguientes palabras:

(57) Pascual Madoz (1845-1850).- *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Madrid, Est. Literario-Tipográfico de P. Madoz y L. Sagasti. De la misma opinión es José Bisso en su *Crónica de la provincia de Málaga*. Madrid, Rubio, Grilo y Venturi, 1869, p. 15.

(58) z I Tomo V. Información oral y escrita practicada en virtud de la Real Orden de 5 de diciembre de 1883 (Provincia de Jaén, pp. 139-189). Imprenta de la Viuda de M. Minuesa de los Rios. Madrid, 1893. 640 pp. (ed. facsímil a cargo de Santiago Castillo, Madrid, 1985)

(59) Gérard Chastagnaret, *Le secteur minier dans l'économie espagnole au XIXe siècle*. Tesis de Estado, Université de Aix-en-Provence, 1985, pp. 1202-1211

(60) Vicente Martínez Montes, 1852, pp. 312 y 466

(61) Rafael Pérez del Alamo, *Apuntes sobre dos revoluciones andaluzas*. Sevilla, Imprenta y Litografía, 1872 (ed. de A.M. Calero, Madrid, Zyx, 1970, p. 56)

(62) Manuel Morales Muñoz (1988).- *Clases populares y movimiento obrero en Málaga (1868-1874)*. *Del Clamor revolucionario a la Primera Internacional*. Málaga, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, 12 pp. + 8 microfichas de 98 imágenes

¡El vino!. Ese es el mayor enemigo de este

país: mata las energías, crea engañosas
esperanzas, acaba con la vida prematuramente:
todo lo destruye; hasta el amor»(63).

A MODO DE EPÍLOGO

A modo de epílogo sólo me resta concluir la importancia y la función socializadora desempeñada por los espacios estudiados: la calle, el taller, el café y la taberna. Elementos de permanencia y de tradición que, trascendiendo la ruptura operada con la quiebra del Antiguo Régimen en España, se mantendrán a lo largo del siglo XIX como lugares privilegiados para el encuentro y las relaciones sociales, prefigurando, cuando no dando paso directamente, a otros elementos y formas de sociabilidad representados por la diversa tipología asociativa: casinos, círculos, clubs políticos, centros y ateneos obreros, las socialistas **Casa del Pueblo**, etc., y en los que la mayor cohesión social, cultural o política alcanzada testimoniarán la vitalidad del tejido social andaluz en el siglo XIX(64).

(63) Vicente Blasco Ibañez, *La bodega* (ed. de 1979, pp. 162-163. Sobre la figura y las actividades del revolucionario gaditano, puede consultarse la obra colectiva ya citada de Gérard Brey et al. *Un anarchiste entre la légende et l'his-toire: Fermín Salvochea (1842-1907)*. París, Presses Universitaires de Vincennes, 1987, 160 pp.

(64) Además del ya mencionado trabajo colectivo del equipo de París VIII sobre **La sociabilidad popular en España (1833-1914)**, publicado en *Estudios de Historia Social*, Madrid, núm. 50-51, julio-diciembre 1989; para una aproximación al asociacionismo y demás manifestaciones de una sociabilidad cerrada, pueden consultarse Antonio Miguel Bernal y Jacques Lacroix, «Aspects de la sociabilité andalouse. Les associations sévillanes (XIXè-XXè s.)», *Melanges de la Casa de Velazquez*. París, De Boccard, 1975, t. XI, pp. 435-507; Isidoro Moreno Navarro, *Cofradías y hermandades andaluzas*. Sevilla, Biblioteca de la Cultura Andaluza, 1985; Michel Ralle, «El montepío obrero: ¿anacronismo o modelo?», *Estudios de Historia Social*, Madrid, núm. 30, 1984, pp. 7-19; Jacques Maurice, «La sociabilité dans l'Espagne contemporaine: considérations préliminaires», Jean-Louis Guereña y Alejandro Tiana (eds.), *Clases Populares, Cultura, Educación*. Madrid, Casa de Velazquez-UNED, 1989, pp. 379-392; Manuel Morales Muñoz, «Asociaciones obreras de instrucción en Málaga (1892-1919)», en J.L. Guereña y A. Tiana, *Clases Populares...*, pp. 403-437; y Jean Louis Guereña, «Les socialistes espagnols et la culture. La Casa del Pueblo de Madrid au début du XIXème siècle», en Jacques Maurice et al. (dirs.), *Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine*. París, Presses Universitaires de Vincennes, 1990, pp. 23-37

